

LA PALABRA MÁGICA

Por fin llegó el verano, las vacaciones, el gazpacho, la tortilla de patata, los pimientos fritos. El traqueteo en el coche, todos juntos, apiñados, camino del río para pasar la tarde del domingo. Los días maravillosamente largos en los que no hacíamos nada, más que jugar en la calle, caminar descalzos por la casa y enchufarnos con la manguera poniéndonos perdidas de agua. Y las noches de calor cuando mamá subía los colchones a la terraza y dormíamos bajo el cielo estrellado.

Llegaron las interminables siestas, esas horas sagradas en las que la casa permanecía en penumbra y el silencio lo envolvía todo. Cuando mi hermana Marta y yo jugábamos a los recortables, a las adivinanzas, y hablábamos muy bajito, aunque se nos escapaban las risas porque a mi hermana le gustaba contarme chistes para que no me quedara dormida.

También llegaron los días de recoger tomates en la huerta del tío Tomás, que nos dejaba correr entre los surcos, manchándonos los pies de barro, hasta perder las chanclas de goma en la tierra blandita recién regada. Los baños en la alberca y las meriendas debajo de la higuera, cuando aún los frutos no habían madurado.

Por fin había llegado el calor, y uno de los veranos más maravilloso de mi vida. Recuerdo a mi padre entrar eufórico en casa, anunciándonos que nos íbamos de vacaciones a la playa, a un lugar llamado Marbella. Mi hermana Marta y yo, que éramos las pequeñas, no conocíamos el mar, y aquella inesperada noticia fue toda una sorpresa. No me lo podía creer, deletreé Mar-be-lla como si fuese una palabra mágica, como si al pronunciar aquellas sílabas se abriera un mundo lejano y desconocido. A mi edad podía imaginarme navegando en un barquito de vela, surcando los mares, o buscando la Isla del Tesoro en mi galeón pirata.

Aquel día estábamos las cuatro “emes”, como nos llamaba papá, en la cocina, y no dábamos crédito a lo que nos decía. Lo de las cuatro “emes” se debía a que mi padre, no sé por qué extraña razón, se le metió en la cabeza que como mi madre se llamaba Manuela, los nombres de sus tres hijas tenían que comenzar con la misma consonante. María era la mayor, tenía quince años; Marta, la pequeña, siete, y yo, Marisa, ocho años recién cumplidos. Mamá decía que, como teníamos las mismas iniciales, se ahorra tener que cambiar las letras de los uniformes que iban pasando de una hermana a otra.

Asimilada la noticia, comenzamos los preparativos para el viaje. Desempolvamos las maletas y las llenamos de bañadores, flotadores, bronceadores y sobre todo de ilusiones. Y para estar a la altura y no desentonar, nos compraron hasta ropa nueva. A las pequeñas nos hicieron unos vestiditos de flores amarillas ribeteados en verde. A María le compraron un bikini de lunares, aunque mi padre puso el grito en el cielo.

Yo soñaba cada noche con el mar, con las olas y con aquel lugar del que todos hablaban llamado Marbella.

Por fin llegó el día de la partida. Subimos a nuestro coche después de cargar todo el equipaje, y papá puso el viejo trasto en marcha. Cerré los ojos e imaginé todo lo que nos esperaba. Por el follón de la despedida parecía que nos íbamos a la Conchinchina. Aunque lejos sí que fuimos, porque el viaje se me hizo interminable. Y después de un montón de horas, de paradas y de vomitonas, llegamos a nuestro destino.

Nos alojamos en un hotelito modesto, no muy lejos de la playa, nada de lujos. Nosotros no estábamos para derroches, pero mamá dijo que era acogedor y limpio.

Por la mañana abrí la ventana de par en par, al asomarme no encontré el lugar que mi desbordada imaginación había dibujado, pero nunca me pareció el sol tan brillante ni el día más bonito.

Estaba ansiosa por bajar a la playa. No olvidaré aquel momento, atravesé la arena ardiente cargada con toallas, flotadores y cachivaches, dando saltitos para no quemarme. Allí me esperaba el mar, inmenso, de un verde luminoso y las olas encrespadas de blanco que la suave brisa arrojaba sobre la playa.

El agua estaba helada, pero la emoción me hizo olvidar el frío. Me sumergí despacio, mi cuerpo empezó a balancearse y yo bailaba moviendo los pies ingrátidos con el sonido del rompeolas. Me empapé de sabores y olores nuevos. Todo tenía el perfume salado y cálido del verano. Sentí esos instantes mágicos de felicidad en los que casi puedes tocar el cielo.

Recuerdo a mi madre espléndida recostada en una hamaca, a mi padre a su lado tumbado boca arriba con el sombrero tapándole los ojos. A María oliendo a coco, embadurnada en crema, preciosa con su bikini de lunares. Y Marta y yo jugando cerca del agua, vaciando el mar con un cubo para llenar el foso de nuestro castillo de arena.

Hubiera querido continuar allí, contemplando el mar para siempre, porque todos estábamos contentos y nos encontrábamos felices.

Recuerdo las deliciosas tardes, cuando el sol iba cediendo y paseábamos por las calles estrechas llenas de vistosas buganvillas, de tiestos de claveles, de geranios, hasta que llegábamos a la Plaza de los Naranjos para tomar un helado. Luego recorríamos el paseo de la Alameda y visitábamos el jardín Botánico.

Otros días íbamos a Puerto Banús; aquello era otra cosa, más ostentación, más lujo. Los yates impresionantes, los coches descapotables, las tiendas... Nos sentábamos en una terraza y mamá y mi hermana María no cerraban la boca deslumbradas de tantas novedades. Melenas rubias, ojos azules, morenos impecables, atuendos imposibles, y mi padre tan ufano, diciendo que se sentía como un jeque árabe. Aquel mundo deslumbrante no era el nuestro, pero tampoco nos importaba, porque yo me sentía feliz compartiendo una *Coca Cola* con mi hermana.

Sólo fueron quince días, pero algo nuestro quedó allí. Nada material, desde luego, sino algo indefinido, un momento de nuestra vida, un pensamiento que viene a mi cabeza cuando regresa el verano y casi puedo escuchar el rumor del mar y sentir su brisa fresca.

Las vacaciones terminaron. Aquel lugar ya no nos pertenecía, sólo quedaron los recuerdos y las viejas fotografías que guardo como un tesoro.

Tal vez no perdure nada de aquella Marbella de ensueño, tal vez no exista aquel hotelito. Tal vez no quede ya el mismo quiosco en donde nos sentábamos cada tarde. Aquello pasó hace mucho tiempo.

La chiquilla que fui ha crecido, pero aún añoro esas palabras mágicas que me abrieron un mundo desconocido.

Con el final de aquellas vacaciones todo cambiaría. También cambiaríamos nosotros, y ya nunca volveríamos a estar juntos, unidos de aquella manera.

Mamá murió cuatro años después de una larga y penosa enfermedad. Marbella quedó en el recuerdo de todos. No volví a ver sonreír a mi padre como entonces. No volvieron a tener los veranos el mismo sabor de infancia.

Dolores Aceituno Muñoz. Navalmoral de la Mata (Cáceres)

Tercera finalista del II Concurso de Relatos de Marbella Activa